



Universiteit
Leiden
The Netherlands

De los sueños del Mariel a los inhóspitos arenales de Villa El Salvador, en Perú

Churampi Ramírez, A.I.

Citation

Churampi Ramírez, A. I. (2021). De los sueños del Mariel a los inhóspitos arenales de Villa El Salvador, en Perú. *Incubadora*. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/3249949>

Version: Accepted Manuscript

License: [Leiden University Non-exclusive license](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/3249949>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

De los sueños del Mariel a los inhóspitos arenales de Villa El Salvador, 37 años de olvido.

ADRIANA CHURAMPI RAMIREZ

Universidad de Leiden (Holanda)

[...] para un desterrado no hay sitio donde se pueda vivir; [...] porque aquel donde soñamos, donde descubrimos un paisaje, leímos el primer libro, tuvimos la primera aventura amorosa, sigue siendo el lugar soñado; en el exilio uno no es más que un fantasma [...].
REINALDO ARENAS, Antes que anochezca (1992: 314)

El más famoso éxodo cubano de 1980 se menciona en una misma oración con el nombre del puerto de Mariel. Revisando los detalles de dicho acontecimiento descubriremos que todo empezó a ponerse en movimiento mucho antes. Ya en agosto de 1979 un policía de tránsito había saltado la valla de la embajada peruana, en el barrio de Miramar, solicitando asilo. Este y otros episodios no alcanzaron mayor trascendencia ya que el objetivo primordial era mantener las relaciones amistosas cubano-peruanas; sin embargo los *episodios* empezaron a multiplicarse. Ya en enero de 1980 una camioneta con cerca de doce personas se había lanzado en estampida hasta terminar estacionada en el jardín de la residencia. En marzo un ómnibus repitió con éxito la misma hazaña. Estos acontecimientos, si bien no alcanzaron publicidad, sirvieron para poner a prueba la capacidad de reacción del gobierno peruano. El embajador Edgardo de Habich Rospigliosi inicialmente accedió a la solicitud cubana que exigía la expulsión de los refugiados de la residencia, permitiendo que las fuerzas especiales sacaran a los ciudadanos cubanos a fin de tramitar sus solicitudes de asilo desde sus casas. Sin embargo, su decisión fue revocada directamente por el gobierno de Fernando Belaúnde Terry, quien no solo desautorizó al embajador sino que lo reemplazó inmediatamente y ordenó recibir a los cubanos que pidieran asilo. El climax, sin embargo, llegaría en abril, cuando una *guagua* arrasó con la verja de la sufrida embajada, atravesando entre los guardias de turno. Lo que esta vez marcó la diferencia y desencadenó los dramáticos eventos fue que en la confusión los guardias dispararon indiscriminadamente, las ráfagas hirieron al conductor del vehículo y mataron a uno de los guardias. Pedro Ortiz Cabrera, que cumplía su servicio militar obligatorio, fue elevado a la categoría de héroe de la revolución y el gobierno cubano exigió formalmente a la embajada peruana que entregara a los delincuentes responsables que se amparaban en sus predios. La reacción negativa del gobierno peruano fue el inicio de uno de los más espectaculares eventos de la historia cubana que se escribiría desde el puerto de

Mariel. Ante la negativa, en un acto de represalia, el gobierno cubano ordenó retirar la custodia de la embajada peruana dejándola a merced de quienes quisieran irse de la isla. Un comunicado de Granma así lo anunciaba y fue enfáticamente refrendado en el discurso que Fidel Castro pronunció ese primero de mayo de 1980:

[...] Pero ellos [la propaganda del enemigo] desataron la campaña internacional basándola en la idea de que el pueblo quería irse, de que había muchos disidentes, sobre todo esta idea: disidentes. Hay lumpen ahí, en esa embajada -como ustedes lo pudieron ver en el documental de cine-, que no saben ni lo que es la palabra disidencia (RISAS). [...] Ese día se planteó cuál ha sido, es y será la política de la revolución, una idea esencial nuestra, y es que la obra de una revolución y la construcción del socialismo es tarea de hombres y mujeres absolutamente libres y absolutamente voluntarios (APLAUSOS). Quien no tenga genes revolucionarios, quien no tenga sangre revolucionaria, quien no tenga una mente que se adapte a la idea de una revolución, quien no tenga un corazón que se adapte al esfuerzo y al heroísmo de una revolución, no lo necesitamos en nuestro país (EXCLAMACIONES DE: "¡Que se vayan!") y son en definitiva una parte insignificante del pueblo [...]. (Castro Ruz 1980)

Fue entonces que miles de cubanos, desde diversos rincones de la isla, se precipitaron hacia la embajada, que en un par de días se llenó hasta albergar a cerca de 10.865 ansiosos aspirantes a conseguir su *ticket* rumbo a la libertad. La situación se tornó insoportable, la limitada infraestructura del local fue rápidamente desbordada y al hacinamiento, se unieron el hambre y la sed, el agotamiento, la pelea por la poca comida, la permanencia a la intemperie, todo ello empeorado por la propaganda que el régimen ejercitaba desde afuera junto con las agresivas marchas de protesta contra los desertores. Algunos países ofrecieron ayuda humanitaria y concedieron visas, como Canadá, Costa Rica y España. A fin de mes, unos 9.000 cubanos fueron trasladados al puerto de Mariel para abordar desde allí las naves enviadas en su ayuda desde los Estados Unidos. Y 850 cubanos fueron trasladados temporalmente a Lima, donde se les había concedido asilo, con la promesa que desde allí se les enviaría luego a los Estados Unidos, algo que no se cumplió.

Este trabajo se concentrará en la investigación de las dificultades de recopilación y difusión de los testimonios sobre el impensado recorrido de estos 850 cubanos quienes,

buscando la libertad, terminaron encallados en las áridas pampas de Pachacamac, en las humildes viviendas del Parque Zonal Túpac Amaru o en el pueblo joven Villa el Salvador, escenarios de la más dura lucha por la sobrevivencia librada por los habitantes más pobres de la capital peruana.

El escenario al cual arriban los exiliados cubanos, en la Lima Metropolitana de la década del 80, era uno de conmoción: el último censo había revelado que el 80% de su población podía considerarse como perteneciente a los sectores populares, de ellos el 37% vivía en barriadas, constituyendo, esta forma de vivienda urbana, el asentamiento por excelencia de los sectores populares. (Matos Mar 2005: 69) Lima había pasado de tener 645,000 habitantes en 1940 a 4.492.000 según el censo de 1981, la geografía física y humana de la capital había sufrido una severa alteración. El 41% de la población era migrante y de ellos el 54% provenía de la sierra. Estas multitudes provincianas habían desbordado el espacio limeño, ocasionando serias alteraciones en el estilo de vida de la capital. (Matos Mar 2005: 70-72) La corriente migratoria, al enfrentarse a la ausencia de vivienda y ante la probada incapacidad de la formal estructura urbana, inició la ocupación de facto de terrenos públicos y privados imponiendo, con la protesta popular, e incluso con la violencia, el reconocimiento de su derecho a un espacio propio. La invasión se convierte en la primera fase de una legalidad en emergencia -el paso del tiempo sería el mejor factor que convertiría estas situaciones precarias en fuentes de derechos- que a la larga culminaría con el reconocimiento del Estado. La ilegalidad, la alegalidad, la clandestinidad y la semiclandestinidad se convierten en estilos dominantes ante los cuales el Perú oficial sólo atina a responder con el escándalo, la indiferencia o vanos intentos de imponer su existencia. (Matos Mar 2005: 92) Este esfuerzo por sobrevivir desborda ampliamente los parámetros de la legalidad tradicional. La informalidad, que se inicia como un estilo de vida alternativo en la miseria, se extiende a la economía donde los habitantes recurren de manera generalizada a actividades informales paralelas, alegales o ilegales. Los partidos políticos no alcanzan a entender la magnitud del fenómeno y las organizaciones sindicales logran a duras penas atraer o integrar a parte de esta masa caótica.

Este *desborde popular*¹, por su matiz fragmentado, urgente y desordenado tiñe de agresividad e impone un ambiente social hostil, aún con mayor intensidad en las zonas consideradas más populares. Es en este contexto en el cual los “asentamientos humanos” o cinturones de miseria² se erigen como símbolos de este nuevo y desorganizado desarrollo urbano. No es difícil entender que los habitantes de estos sectores no se encontraran en condiciones de responder con la misma generosidad con que lo había hecho la diplomacia peruana: concediendo primero el asilo a los cubanos para instalarlos después en estas zonas convulsionadas. La nueva residencia de los exiliados constituía pues la periferia visible de la ciudad capital.

El orden colonial que había construido una Lima cuadrada, bastión de las organizaciones del poder y la administración, se vio amenazado y rápidamente superado por lo que se denominaba cinturones de miseria, condenados no solo a ubicarse en las afueras inhóspitas de la ciudad sino también a enfrentarse a la incapacidad estatal de solucionar su situación, lo cual desencadenaría un proceso que transformaría al país entero. La ironía histórica quiso que fueran precisamente estos reductos, vistos con tanto desprecio, quienes siguieran creciendo y desarrollándose hasta conformar las zonas que por su empuje se erigieran en los nuevos símbolos de pujanza nacional en el s. XXI, en el mejor ejemplo de la manera en que las minorías desposeídas peruanas eran capaces de crear y progresar.

Villa El Salvador es la historia ejemplar de la evolución de una invasión, que empezando en los años setenta como un arenal poblado por tenaces habitantes, que sólo poseían casas de esteras, fue alcanzando grandes logros. En 1985 fue visitada por Juan Pablo II; en 1986 fue propuesta como candidata al Premio Nóbel de la Paz; en 1986 fue elegida Personaje del Año por el diario *La República* y en 1987 alcanzó el reconocimiento

¹ Expresión acuñada por Matos Mar quien, “[f]rente a las posibilidades transformadoras de la cultura popular mestiza [...] propuso la imagen del desborde popular para referirse a la incapacidad del Estado para atender las necesidades de la población migrante” (2005: 11).

² Carlos Delgado objetaba, ya en los años setenta, el uso de definiciones que conllevaban estimaciones de inferiorización, como “barriadas” o “barrios marginales.” Con dichas definiciones se englobaba zonas residenciales dispares, con diversas variaciones de desarrollo urbano. El reducir una realidad heterogénea a una forzada calificación global hacía imposible satisfacer un enfoque realista del problema (1971: 130).

internacional por ser un modelo de organización, desarrollo y participación. Villa El Salvador constituía “[l]a práctica ejemplar para organizar un tipo de ciudad solidaria y económicamente productiva”, así lo señalaron al otorgarle el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia el 15 de Mayo de 1987. (Fernández Arribasplata 2012) Sin embargo, en la memoria cuidadosamente custodiada de este ejemplo periférico, habitado y dinamizado por los desposeídos de Lima, la presencia de los habitantes cubanos brilla por su ausencia. El portal digital del Centro de Documentación de Villa El Salvador, que pone a disposición del público abundante material escrito, fotográfico y audiovisual, consagrando su historia en detalle, destacando su largo y accidentado recorrido desde sus humildes orígenes hasta su prestigioso presente, no menciona, sin embargo, la presencia de los refugiados cubanos³.

La permanencia de los cubanos en la Embajada de La Habana, su traslado al Perú, su ubicación en carpas, para luego concederles viviendas en pueblos jóvenes, parece seguir un patrón de imprevisión difícil de comprender. ¿Se esperaba acaso que entre una población empobrecida, que luchaba desesperadamente por sobrevivir, la llegada de unos cuantos habitantes más -al margen de su procedencia- pasaría desapercibida? Si así fuera sólo puede entenderse esta acción como una de desconocimiento de la propia realidad o de suma indiferencia ante el sufrimiento humano.

No se puede ignorar que los exiliados habían partido de Cuba precisamente por hallarse insatisfechos con las condiciones de vida existentes tras la revolución bajo el gobierno de Fidel Castro. El discurso descontento de estos habitantes era hartamente conocido para las autoridades. Así llegaron a los pueblos jóvenes, los cuales, por su lado, estaban lejos de ser solamente una masa informe de pobreza y sufrimiento; ellos eran desde mediados de los setenta una zona altamente politizada. Prueba de ello eran las medidas de control, impuestas durante la segunda fase del Gobierno Militar (1975-1980), dirigidas contra las organizaciones

³ Solo encontramos a manera de contribución en la sección *Cuentos, relatos y poesías*, un artículo del 2005 de Ronaldo Menéndez y Desirée Rubio De Marzo donde se aborda el tema bajo el título “Los Cubanos de Villa”.

de Villa El Salvador con el fin de “enfrentar crecientes movilizaciones populares contra la dictadura militar.” (“Cronología año 1976”, Centro de Documentación de Villa El Salvador)

La evolución de los pueblos jóvenes atravesó por múltiples fases y sobrevivió a variadas políticas aplicadas por diversos gobiernos de turno. Las barriadas, desde su aparición a mediados de los cincuenta, evolucionaron, de ser pequeñas agrupaciones dispersas por la ciudad, a protagonizar un período de grandes invasiones que abarcaron extensas áreas en la periferia hasta llegar, en el momento que nos ocupa, a una etapa de consolidación de esas áreas. (Rodríguez, Riofrío y Walsh 1976:30) A cada etapa le corresponde la respectiva reacción del Estado. En el primer momento se forman organizaciones caritativas que no iban más allá de ser un intento de acallar la “mala conciencia burguesa.” (Rodríguez, Riofrío y Walsh 1976: 32) Se pasa luego, a comienzos de los sesenta, a una respuesta política al considerar a las barriadas como una amenaza con potencial invasor, es decir, similar reacción a la anterior pero esta vez institucionalizada. Finalmente, ante la consolidación de las barriadas, se pasó del paternalismo a un control masivo. (Rodríguez, Riofrío y Walsh 1976: 35) Sin embargo, a partir de los setenta, se observa un cambio que resulta fundamental para contextualizar este trabajo. Los años anteriores la sobrevivencia había resultado en cierta medida posible (se podía encontrar empleo y se lograba cierta estabilidad económica), pero esta vez la presencia de una severa crisis económica obliga a los nuevos pobladores de las barriadas a esforzarse aún más para obtener lo que los antiguos habitantes consiguieron en su momento. Surge la tendencia, que se hace urgente, de traspasar las fronteras de la lucha barrial para unirse a las luchas de otros sectores igualmente golpeados por la crisis, como los obreros y otras capas asalariadas. Muestras de este fenómeno son: la participación activa de los pobladores de las barriadas en los cinco paros nacionales en 1977 y 1979 (Riofrío y Rodríguez 1980:101), así como la evidencia del decisivo aporte del voto de las barriadas en apoyo del avance del bloque de izquierda en los resultados de la elección de la Asamblea Constituyente de 1978. (Riofrío y Rodríguez 1980: 101) Se inician también los intentos de formación de federaciones amplias que aspiraban a confederar a los pueblos jóvenes a nivel

nacional (Federaciones de Pueblos Jóvenes). Una muestra de la peligrosidad que el Estado vislumbraba en esta toma de conciencia de las organizaciones barriales, se muestra en las decisiones políticas adoptadas (como la municipalización de los problemas barriales) que tenían como objetivo la fragmentación, división y disolución de las organizaciones barriales (Riofrío y Rodríguez 1980:103):

Municipalizar hoy día a la problemática barrial, esto es, canalizar la atención del poblador hacia el municipio como lugar de solución de los problemas del barrio, constituye una estrategia dilatoria que busca detener los avances en la organización y lucha política de los sectores populares que habitan en las barriadas (Riofrío y Rodríguez 1980: 105).

En *De Invasores a Invadidos*, un estudio realizado por científicos sociales, desde 1970, se intenta explicar la presencia de numerosas agencias benefactoras en las barriadas de Lima. El estudio concluye, tras diez años de análisis, que dichas agencias y los modelos de autodesarrollo que ofrecían, no eran más que una estrategia desplegada por la “política del estado burgués” con el fin de oscurecer y confundir los objetivos de las luchas por las reivindicaciones populares, despolitizando a los pobladores de las barriadas. El análisis desnuda los que serían los verdaderos objetivos de estas instituciones benefactoras:

[...] los benefactores buscan con su trabajo en las barriadas establecer mecanismos de control de la población de barriadas, que eviten cualquier acción que tienda o dé origen a una movilización de este amplio sector urbano. En este sentido son instituciones que expresan y defienden los intereses de clase de la burguesía nacional y de la política exterior de los Estados Unidos (Rodríguez, Riofrío y Walsh 1976: 87-88).

Estas organizaciones, que en muchos casos monopolizaban la distribución de víveres crean también, por primera vez, crisis de lealtades al interior de las organizaciones barriales al oponerse a negociar con las autoridades tradicionales elegidas por la comunidad. Los pobladores deben optar entre el apoyo a las directivas de su organización tradicional o la satisfacción urgente de las necesidades alimenticias (Riofrío y Rodríguez 1980: 109-110).

Los lugares a donde llegan los exiliados estaban pues lejos de ser zonas simplemente pobres y desesperadas, se libraba en ellas una intensa lucha política, las barriadas eran consideradas un polvorín de izquierda y como tal eran combatidas de diversas maneras. En su nueva residencia, el sueño al que los exiliados aspiraban no era precisamente compartido, ya que los sectores politizados de dirigentes de los pueblos jóvenes cuestionaban seriamente la presencia de Estados Unidos como aliado del Estado⁴, personificado en sus instituciones benéficas, desplegando así un discurso similar al que los cubanos creían haber dejado atrás.

El exilio tiene el efecto de remover al sujeto del acontecer histórico de su patria, desarticulando su ciudadanía, expulsándolo de sus fronteras, intentando borrar su memoria al privarlo de toda posibilidad de participar (aunque sea formalmente) en el diálogo nacional. Sin embargo, el ser humano no desaparece, es más, sobrevive a este intento de anulación y desposesión. En otro lugar, dentro de otras fronteras, lejos de sus referentes, continúa viviendo. En ese sentido, su existencia se convierte en un evidente signo crítico en medio de un discurso oficial que aún proclama la supuesta homogeneidad. Sin embargo, este estado solitario y discontinuo del ser, como lo llama Edward Said (2005: 184), puede revelarse profundamente productivo, cuando el exiliado se propone la búsqueda de una nueva voz, de nuevos referentes, redefine sus propios temas, consiguiendo de esa manera re-interpretar la

4 Sobre la ofensiva de uno de los programas de repartición de alimentos SAWS- OFASA (Seventh Day Adventist Worlds Services- Obra Filantrópica de Asistencia Social Adventista) que se anuncia como la clave del mejoramiento de las barriadas, comentan Riofrío y Rodríguez: “En estos programas [...] se presenta nuevamente la idea del mejoramiento del barrio, ocultándose que con este tipo de actividades no se consigue nada de lo que realmente mejoraría la situación de la población. Y esto es grave, porque indica una política de Estado que, en la práctica, acepta como permanente la situación de hambre y desempleo de una enorme capa de la población urbana, a la cual sólo se le ofrece una vía de subsistencia” (Riofrío y Rodríguez 1980:12).

narración de la nación, la historia, la realidad, reintegrándose así y participando en aquel diálogo nacional; aunque esta vez sea desde la distancia, su voz llegará contestataria desde las orillas y los márgenes. Su definición de nueva patria incluirá el lugar donde su voz renace superando la simple definición de espacio geográfico en el cual nació, así como la de una única lengua, identidad o nación, nociones dogmáticas que se tornan ajenas a la actualidad permeable y heterogénea forjada por la evidente presencia de exiliados, refugiados, desplazados y emigrantes.

En el caso de los exiliados cubanos que llegaron a Estados Unidos en 1980, es posible seguir su proceso de transformación de su nuevo ser, la mencionada reconstrucción, ya que varios de sus representantes consiguieron conquistar espacios canónicos logrando desde allí transmitirnos su pensamiento. Sabemos de sus luchas por posicionar su discurso desafiante ante el canon tradicional del exilio en los Estados Unidos, de sus nuevos temas, de la superación de las limitaciones impuestas por el lenguaje hegemónico, de la reapropiación de la tradición existente o de la conquista de un territorio ajeno. La llamada generación del Mariel -al margen de las polémicas sobre si efectivamente constituyen o no una generación literaria o si, como señala la crítica Olga Connor, se trata sólo de una coincidencia de conciencias (Díaz de Villegas 2005: 1)- es reconocida como una expresión visible, la voz de los sin voz. Se asume que su producción completa los hiatos de la versión oficial de la historia cubana. A ellos se recurre cuando se trata de documentarse de primera mano, de buscar una perspectiva que, como ellos mismos señalan, ofrezca el “testimonio desde el infierno”. Ellos son las voces, de primera instancia, de aquel drama humano causado por algunos aspectos, no siempre discutidos, del proceso de la revolución cubana. Lilian Bertot destaca: “Perhaps nowhere is this pain more evident and more poignant than in the artistic and literary production of the Mariel generation. They represent the human drama, the forgotten aspects of the Cuban Revolution, the dark side of the process” (Bertot 1995: 16).

Los relatos que van construyendo la memoria de estos acontecimientos emergen de aquellos escritores agrupados en la llamada generación del Mariel. Algunos de ellos incluso

pasaron por la Embajada Peruana: Roberto Valero, Lázaro Gómez Carriles o Nicolás Abreu. Hay en estos autores una intención de emitir su voz propia al margen de la versión oficial de los hechos, pero también esta voz está destinada a contrarrestar las versiones retomadas en ciertas fuentes internacionales sobre la esencia antisocial, enfermiza y criminal de los *Marielitos*. (Barquet 1998:119-120) Este proceso de apropiación y emisión de una voz en el exilio desempeña entonces muchas más funciones que la testimonial. Los exiliados que arriban a Miami convierten su experiencia y la narración de la misma en la mejor arma para deconstruir el estigma generalizante adjudicado a su procedencia, demuestran que fue un aire de libertad lo que urgentemente necesitaban para desplegar ilimitadamente sus potencialidades y talentos, arrasando así con la descripción negativa que se publicitó sobre la infame calidad de todos los exiliados del Mariel. En el caso de la generación del Mariel la fecunda producción de sus integrantes refuerza la premisa de que en el exilio, aparte de cubanos de a pie en busca de una tierra de promisión, también se hallaban artistas, creadores, profesionales, que una vez en los Estados Unidos se constituyen en la mejor prueba de que la naturaleza del régimen había impedido su desarrollo.

Las consecuencias de la completa invisibilidad de los cubanos en el Perú, por otro lado, revelan la importancia de esta estrategia. Sin una voz visible que narrara sus versiones, se les aplica a rajatabla los estereotipos existentes, los cuales permanecen incontestados, décadas después. Desde el momento en que Fidel Castro autoriza la salida, desde el puerto de Mariel, a quienes quieran irse de la isla, abre al mismo tiempo las puertas de las cárceles y asilos⁵, de modo que integrando los contingentes que parten se encuentran también delincuentes, criminales y enfermos mentales. Aquellos cubanos que llegaron al Perú serían recibidos por humildes habitantes de barriadas prejuiciados por esta información estigmatizadora generalizada que había convertido en dogma la idea de que quienes salían de Cuba, los *Marielitos* eran aquellos renegados del régimen cubano, los incapaces de afrontar

⁵ “Al fin y al cabo de esos 125.000 cubanos que salieron de la isla solo un cuatro por ciento eran criminales y enfermos mentales, según la investigadora Lilian Bertot” (Panichelli 2005: 2).

la dureza de una revolución. El mito de la Cuba revolucionaria, aquel único “territorio libre de América” (como lo señalaban las emisiones de Radio La Habana), probó su arraigo entre el público peruano, haciendo que a su llegada los cubanos encontraran un ambiente hostil. Esta reacción popular se hacía eco de las palabras de Reynaldo Arenas: “Una vez que un mito es creado, se convierte casi en indestructible; y para una mentalidad ingenua, así es el mito de la revolución cubana... algunas personas no pueden perder sus ilusiones” (citado por Panichelli Batalla 2005).

No jugó un rol menor la desesperada situación de quienes habitaban los pueblos jóvenes, lugares donde, por intervención de las Naciones Unidas, se les concedió viviendas a los cubanos. El apoyo de las Naciones Unidas empezó obteniendo espacios donde ubicar carpas que cobijaran a los cubanos pero, finalmente, lograron la adjudicación de viviendas distribuidas en tres pueblos jóvenes. Este hecho motivó reacciones sumamente adversas entre una población empobrecida que había tenido que pasar terribles peripecias para ganarse un pedazo de terreno en aquellos lugares y debía ahora contemplar cómo se otorgaban, con aparente facilidad, los mismos beneficios a otros.⁶

Nacía así un “otro” sobre el cual se podía proyectar la violencia, las frustraciones y muy pronto el racismo nada solapado de una población mayoritariamente provinciana. Ubicando a los recién llegados (los cubanos) a una distancia prudencial, diferenciándose de ellos, se re-construía, de alguna manera, una identidad con mayor estatus, de acusadores. Los “genuinos” habitantes de las barriadas se ubicaban por primera vez al interior del cuadro normativo que la sociedad peruana oficial compartía y desde allí juzgaban y contemplaban con desdén a otros nuevos habitantes de las barriadas; se trataba de la puesta en ejercicio de una estrategia de auto representación positiva. A esta estrategia corresponderían las quejas

6 Los reportajes sobre el tema se encuentran plagados de adoloridas reclamaciones de pobladores que denuncian la devaluación de sus vecindarios tras la llegada de los “delincuentes Marielitos” y la pérdida de posibilidades de acceso a viviendas que habían sido adjudicadas a quienes ni siquiera eran peruanos (Roque 2012).

sobre la devaluación de sus precarias viviendas ante el aumento de la delincuencia y la violencia, adjudicada, esta vez, a *los Marielitos*.

Por otro lado, la voz de los exiliados queda silenciada por su imposibilidad de acceso directo a órganos de difusión, las pocas veces que se sabe de ella la escuchamos fragmentada, en entrevistas, programas de televisión o reportajes, donde en primer lugar, emergen las intenciones, objetivos y discursos de los productores y animadores, percibiéndose los testimonios de cubanos y cubano-peruanos⁷ sólo como un telón de fondo.

Edward Said (2005) señala que existe un peligro en la condición del exiliado, el desánimo que lo conduce a encontrar placer en la nostalgia y la tristeza empujándolo hacia la indiferencia crónica, condenándolo a lamentarse en lugar de construir, desafiar y confrontar, a partir de su experiencia. Ya que la voz de estos exiliados no ha conseguido consignarse por escrito, realizamos un ejercicio que va en busca de los resquicios que nos den cuenta de la existencia de algunos elementos testimoniales. Los medios digitales nos proporciona numerosos videos, y youtube se convierte en una buena fuente documental. El ejercicio de rescatar sus versiones, postergadas y relegadas, en entrevistas, programas de televisión o reportajes en directo, es arduo. La selección debe ir dejando de lado el discurso de los conductores y animadores, la maraña de estereotipos y lugares comunes, pero si se presta atención es posible apreciar momentos sumamente interesantes, que desgraciadamente han sido dejados de lado durante los pocos programas dedicados al tema.

“Cuba y Arena en un rincón de Villa El Salvador” es una emisión del 2012 del magazine *Al Sexto Día*, programa sabatino de Panamericana Televisión de Lima. Aunque suena prometedor, ya que parece haber realizado su investigación sobre el origen de los hechos en 1980, proporciona poca información sobre la situación actual de los cubanos. Desde un comienzo se combinan expresiones como olvido, destierro y pobreza con un “sabor” cubano que, según el reportaje, sobrevive en medio de las “picantes” arenas de Villa

7 Un detalle al cual se presta muy poca atención es que los llegados en 1980, veinte años más tarde han continuado y re-construido su vida, de manera que muchas veces el entrevistador se encuentra ya frente a la primera generación de cubano-peruanos, con temas y problemáticas diferentes.

El Salvador. El intento parece corresponder más a un encasillamiento de “lo cubano” dentro del tradicional estereotipo de la alegría, el baile y la danza caribeñas en lugar de abordar el origen o la evolución del problema existente: exiliados cubanos de 1980 aun viviendo en la miseria en la frontera entre Villa El Salvador y Pachacamac. “Guantanamera” proporciona la música de fondo al reportaje en el que menudean descripciones del tipo “el barrio de los cubanos de Villa o de la isla al desierto”, así como preguntas que destacan por su poca consideración: “¿se arrepiente de haber venido?”. Asistimos, en general, a la nada discreta sugerencia de que más importante que los cubanos aún sigan viviendo en ese ambiente de miseria, es el hecho de haber conseguido mantener ese famoso “sabor”, que se supone los caracteriza, llevándolos incluso a contagiar a esos arenales convirtiéndolos en “picantes”. Otro tema es la insistencia del periodista en lo importante que es haber conseguido llegar ileso, con su equipo, hasta este lugar inexpugnable que muchos temen -mucho más después de semejante reportaje-. Cada vez que la voz de los protagonistas se acerca o empieza a hablar de algo que podríamos identificar como temas propios o contenidos muy suyos, es sencillamente ignorada. Es el caso de la descripción que hace un entrevistado sobre el hecho que al bajarse del bus en el “paradero cubano” él ignora ese nombre oficial reemplazándolo por otro: “Bajo en Cuba Libre, porque ésta sí que es libre”, observación que queda huérfana, ahogada por los clichés que siguen repitiéndonos: “de la isla al desierto, esta colonia de sobrevivientes que en pleno muladar aún se atreve a bailar” o la importancia de estar transmitiendo desde aquel “arenal que se pintó de azul, blanco y rojo para salvar a un pueblo”. La pregunta sobre de qué salvación se está hablando, cuando el televidente está contemplando las miserables condiciones de vida de los entrevistados, es un enigma.

Otro interesante momento que brinda la posibilidad de ingresar al análisis del complejo proceso y evolución de la construcción identitaria de estos pobladores es la siguiente observación de otro entrevistado:

Yo siempre digo: ¡habla miambia! yo no sé ni lo que significa miambia, digo también: ¡qué tal chochera!, aunque eso de chochera ya lo aprendí aquí. Yo puedo decir una cosa: ¡yo soy más peruano que cubano [y añade dándose un golpe en el brazo a la altura de las venas] pero aquí hay sangre cubana! (Cuba y Arena en un rincón de Villa El Salvador 2012)

Asistimos a un ejemplo del mantenimiento simbólico de formas cubanas, sin que siquiera sea necesario entenderlas a cabalidad, conviviendo con el uso de formas coloquiales adoptadas de los vecinos, detalles que los identifican a primera vista y que son los signos de su inevitable conversión en un modelo peculiar de peruanos acriollados. La oportunidad de profundización queda, sin embargo, completamente abandonada. A mitad del reportaje aparecen las primeras imágenes que parecieran haber sido sutilmente enmascaradas para conducir al televidente hacia el objetivo central del documental: hablar de un operativo policial en 2012 que reveló un “paraíso de la droga” funcionando en la “pequeña Habana del arenal”. ¿Intenta entonces el reportaje recoger los ecos de las historias que tienen que contar los habitantes cubanos? ¿O se trata simplemente de un renovado intento de reforzar el antiguo estereotipo ya conocido que decía que los cubanos trajeron consigo la delincuencia y la violencia? Y si bien el lugar no es un paraíso, siempre es más espectacular hablar de grandes errores, sobre todo si son ajenos, dejando al margen la participación de la propia población, que por ser tema conocido, probablemente no contribuya a aumentar la audiencia.

Otro tema de interés lo ofrece la manera, muy peculiar en que los exiliados cubanos en Lima parecen concebir su relación con el exilio de Miami. En el programa “Fraternidad Cubana”, el periodista de Miami, Fernando González, que llega hasta esos remotos lugares trayendo la voz de aliento de “los hermanos cubanos del exilio norteamericano”, pretende ingresar al meollo del problema con una pregunta peculiar: “¿Tú crees que aquí haya gente que pase hambre y necesidades?” La respuesta que recibe se torna interesante pues revela la manera en que los cubanos en Lima conciben su relación con los de Miami: “¡Pero hermano, si aquí los mismos peruanos pasan hambre, cómo no van a pasar los cubanos? Mira a ver ustedes lo que

pueden hacer, porque ustedes tienen allá la sartén por el mango, nosotros no, nosotros nos estamos quemando, ustedes no caballeros!” (Gómez 2007).

El desequilibrio de poder pese a que el diálogo se establece entre dos exiliados cubanos es evidente. Pero también intriga cuáles son las expectativas del público (denominado por el entrevistador “el pueblo de Miami”) que el programa desea satisfacer. Es sorprendente el comentario, que es casi justificación, del entrevistador ante un pedido de ayuda cuando el entrevistado aduce tener dos hijas nacidas en Perú. “Señores, ellos también se casaron mucho y tuvieron hijos, ¿qué podían hacer? [...] continuaron la vida como todo el mundo”. A continuación pregunta a qué edad llegó el entrevistado al Perú, y ante su respuesta: “a los dos años, concluye: *ese es el problema*, muchos llegaron muy niños” [cursiva nuestra] ¿Se esperaba acaso que los recién llegados (pasados ya más de veinte años) siguieran manteniendo cierta “pureza” de lazos, evitando mezclarse con la población peruana? ¿Disminuye la evidencia de su “mestizaje” la fuerza o validez del pedido de ayuda?

Es notorio el hecho que muchos de los entrevistados solicitan un trabajo, quejándose de la falta de oportunidades ofrecidas, según ellos por su condición de cubanos, observación que es ignorada por el entrevistador quien sin embargo sugiere, de manera nada sutil, “¿no sería quizás el hambre una de sus grandes necesidades?” Ante la obvia respuesta afirmativa procede a promocionar los víveres, donados por la comunidad cubana de Miami, para estos hermanos pobres del Perú, llegando así al objetivo de su programa. Una vez más la agenda del programa, la institución o el entrevistador tiene prioridad sobre la voz del entrevistado. Hubiera sido interesante conocer ¿de qué manera y cómo o en qué términos consideran los exiliados cubano-peruanos, que sus “hermanos” de EE.UU tienen la sartén por el mango? y ¿por qué “no se queman” como ellos?

Este contexto nos permite observar las dificultades y la casi imposibilidad del diálogo con quien podríamos llamar “el otro”. Pareciera que ese “otro” careciera no sólo de una visión estructurada que sea posible transmitir al público, sino también de los recursos para convertirse en emisor de una visión. Por lo tanto, se presume que necesita ayuda, no solo para emitir su

voz, sino que también hay que mediar sus expresiones para convertirlas en accesibles a un público que se presume perteneciente a una esfera diferente. Finalmente, el otro termina siendo “hablado”. Este esfuerzo por “traducirlo” o representarlo no es sin embargo inocente o transparente, ya que se rescatan solamente ciertos aspectos de lo que dice, aquello que contribuya a reforzar la visión propia, la agenda con la cual los entrevistadores llegan de antemano al territorio de la otredad. Nos encontramos, pues, ante un claro ejemplo de la violencia simbólica y discursiva ejercida cuando se intenta el diálogo con “el otro” en términos ajenos a su cosmovisión y sin consideración por su propia voz. Si bien entrevistador y entrevistado se encuentran en un mismo espacio físico (aunque no de buena gana, recordemos la insistencia del entrevistador de “Cuba y Arena en un rincón de Villa”, que deja en claro el esfuerzo que significa llegar y “permanecer” en el territorio del entrevistado), en cuanto a percepción del mundo y construcción de la realidad no podrían estar más alejados uno de otro.

La escritura del exilio marcha de la mano con el discurso de la identidad. Desde su posición y experiencia el exiliado alberga potenciales aspectos positivos. Edward Said sostiene que además del aspecto trágico, el exiliado se encuentra en condiciones de presentar su testimonio desde una conciencia que llama “contrapuntística” (Said 2005:194). Es decir, en la conciencia del exiliado conviven, de manera simultánea, su nueva realidad con la memoria de otro(s) entorno(s) dando paso a una multiplicidad de representaciones de la realidad. Los dos mundos del exiliado, como mínimo, suceden a la vez, de forma contrapuntística; un fenómeno este que combate activamente aquellas nociones absolutas e impermeables, dogmáticas, dando lugar a una multiplicidad de voces que evidencian la construcción de una historia dinámica, compleja y heterogénea. Ejemplo de este dinamismo lo encontramos en las palabras del entrevistado que mencionamos anteriormente, quien intentaba, mediante el registro socio- lingüístico, transmitirnos la convivencia de sus sangres cubana y peruana y su manera de aferrarse a ambas.

Si asumimos como cierta la afirmación de Said que los exiliados con su discurso subversivo y contrapuntístico son capaces de reinterpretar la historia y todas aquellas

fronteras canónicas clásicas, el dramatismo de la invisibilidad de los exiliados cubanos en el Perú es aún mayor. Aquella posibilidad de extraer cierta riqueza, al margen de la tragedia personal, en su caso se pierde dejando paso sólo a lo trágico. Creemos que la experiencia de estos exiliados representa un caso extremo de silenciamiento y de expulsión múltiples: de las fronteras físicas y discursivas de Cuba para empezar, del magro o casi inexistente tratamiento de su historia por la generación del Mariel, la voz más visible del exilio cubano, del discurso del Perú oficial e incluso del discurso -posteriormente triunfante- de la marginalidad de los pueblos jóvenes peruanos, ubicando a los exiliados cubanos en el Perú en un territorio nuevo: los márgenes de la exclusión. Se dice que lo primero que el exiliado debe conquistar es la sobrevivencia, dolorosa, dramática, desgarradora, pero es el comienzo del renacimiento. Los exiliados cubanos en el Perú existen tercamente, sus cuerpos y los de sus descendientes se constituyen en un testimonio mudo, épico, de una batalla dramática con la cual nos confrontan a todos: aquella que los libros, autores y discursos pospusieron en su momento y que ahora ya han olvidado, al igual que a esos últimos sobrevivientes que aún se consumen en el indiferente arenal peruano. Según un artículo del 2015 ya solo quedan 14 “cubanos netos”, como los denomina la entrevistada (Silva Nole 2015).

BIBLIOGRAFIA

ARENAS, Reinaldo (1992) *Antes que anochezca*. Barcelona, Tusquets.

BARQUET, Jesús J. (1998) “La Generación del Mariel”. *Encuentro de la Cultura Cubana* 8-9: 110-125.

BERTOT, Lilian D. (1995) *The Literary Imagination of the Mariel Generation*. Washington D.C., The Cuban American National Foundation.

CASTRO RUZ, Fidel (1980) “Discurso pronunciado por el Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz en el acto conmemorativo del 1ro de Mayo de 1980 en la plaza de la Revolución”. [Versión taquigráfica Consejo de Estado en línea].

<http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1980/esp/f010580e.html> [12/10/2016].

CENTRO DE DOCUMENTACION DE VILLA EL SALVADOR. Portal Digital administrado desde 1985 por la Asociación Amigos de Villa.

<http://www.amigosdevilla.it/> [12/10/2016].

CUBANEO2007 (2008) “La Embajada del Perú y el Mariel. Entrevista a Jay Martínez por Univisión”.

<http://www.youtube.com/watch?v=IC9-MdWL1gk> [12/10/2016]

PANAMERICANA TELEVISION, PERÚ (2012) Magazine *Al Sexto Día*. “Cuba y Arena en un rincón de Villa El Salvador” [en línea]. (17.03.2012).

<http://www.panamericana.pe/alsextodia/locales/103186-cuba-arena-rincon-villa-salvador> [13.09.2-2016].

DELGADO, Carlos (1971) *Problemas Sociales en el Perú Contemporáneo*. Lima, Instituto de Estudios Peruanos (IEP), Campodónico Ediciones S.A.

DÍAZ DE VILLEGAS, Néstor (2005) “La Generación Perdida” [en línea]. *Cubaencuentro. Monográfico Mariel: 25 años después* (21.09.2005).

<http://www.cubaencuentro.com/cuba/mariel/la-generacion-perdida-5193> [12/10/2016].

FERNANDEZ ARRIBASPLATA, María. “Cuando Villa El Salvador recibió su Príncipe” [en línea]. *Huellas Digitales Archivo Histórico El Comercio, BLOGS* (14.05.2012).

<http://elcomercio.pe/blog/huellasdigitales/2012/05/cuando-villa-el-salvador-recib> [12/10/2016].

FIGUEROA, Emilia; MARTÍNEZ, Nohelia y PÉREZ, Alejandro (2008) “Una colonia de cubanos en Villa El Salvador” [en línea]. *Taller de Lenguaje Periodístico de Comunicación y Periodismo*. Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC).

<https://www.youtube.com/watch?v=hOT3uS0zsf8> [12/10/2016]

GOMEZ, Ramiro (2007) “Cubanos olvidados en el Perú” [en línea]. (30.01.2007).

<http://www.youtube.com/watch?v=gcJBo86wpUk> [12/10/2016].

MATOS MAR, José (2005) *Desborde Popular y Crisis del Estado. Veinte años después*. Lima: Fondo Editorial del Congreso de la República.

MENÉNDEZ, Ronaldo y RUBIO DE MARZO, Desirée (2005) “El éxodo del Mariel 25 años después”. En Centro de Documentación de Villa El Salvador. Asociación Amigos de Villa. [en línea]. (13.05.2005).

<http://www.amigosdevilla.it/cuentos/relato006.htm> [12/10/2016].

PANICHELLI BATALLA, Stephanie (2005) “La Generación del Silencio (II)”. *Cubaencuentro. Monográfico Mariel: 25 años después* [en línea]. (21.09.2005).

<http://www.cubaencuentro.com/cuba/mariel/la-generacion-del-silencio-ii-5180> [12/10/2016].

RIOFRÍO, Gustavo y RODRÍGUEZ, Alfredo (1980) *De Invasores a Invadidos (2) 10 años de autodesarrollo en una barriada*. Lima: DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

RODRÍGUEZ, Alfredo, RÍOFRÍO, Gustavo y WELSCH, Eileen (1976) *De Invasores a Invadidos (1)*. Lima, DESCO, Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.

ROQUE, Juan Carlos (2012) “Cubanos en Perú. Primera parte. El Éxodo del 80” [en línea]. (03/06/2012).

<http://www.youtube.com/watch?v=vX6LYzsYsmo> [12/10/2016].

SAID, Edward (2005) *Reflexiones sobre el exilio*. Trad. De Ricardo García Pérez. Barcelona, Debate.

SILVA NOLE, Luis (2015) “Nostalgia y resignación, cubanos en Lima: 35 años después” [en línea]. (20.04.2015). *El Comercio Digital*.

<http://elcomercio.pe/sociedad/lima/nostalgia-y-resignacion-cubanos-lima-35-anos-despues-noticia-1805489> [12/10/2016].

VILLAR CAMPOS, Alberto (2010) “Qué pasó con los cubanos que hace 30 años llegaron exiliados al Perú? [en línea]. *El Comercio Digital*. (04-04-2010).

<http://elcomercio.pe/mundo/456586/noticia-que-paso-cubanos-que-hace-30-anos-llegaron-exiliados-al-peru> [12/10/2016]